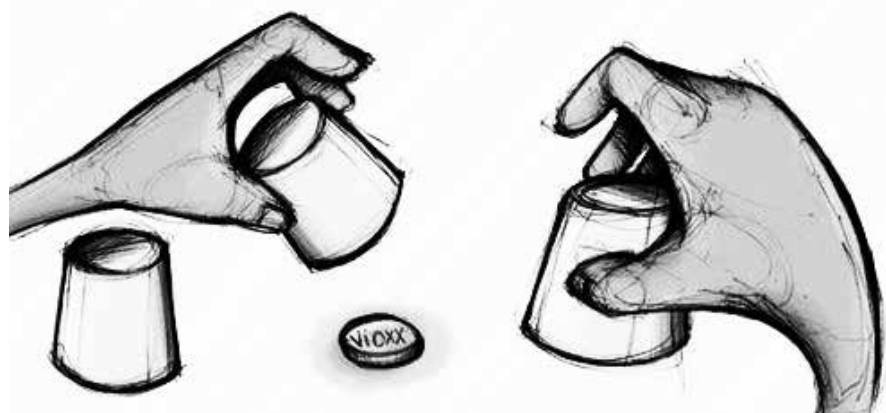


LA MISMA APUESTA

*Elecciones municipales y lavado de cara del
Sistema para que todo siga igual*





Introducción

Imaginamos que todo el mundo conoce el juego llamado *trile* que consiste en que una persona en una mesa, en el suelo o sobre una caja de cartón, maneja hábilmente tres cartas o tres cubiletes y una bolita, la cual va pasando de un cubilete a otro, movido con gran destreza y que cuando se acaba de mover la bolita de un lado al otro, las personas que están alrededor deben apostar. Es raro que la gente que apuesta no sepa que el trilero tiene la bolita (que suele ser de gomaespuma) escondida entre los dedos de la manos y que cuando se apuesta, pues, nunca está donde parecía estar. Generalmente el trilero está acompañado de compinches que con mucho talento fingen ser apostadores-ganadores, lo que incentiva a que algún distraído caiga en el juego. Pero es casi imposible imaginar que quien juega realmente crea en la posibilidad de ganar, sino que es la situación, con los actores fingiendo ser consejeros del distraído de turno, lo que marea y hace caer en la trampa a la persona.

Generalmente se lo califica como «estafa», pero lo cierto es que quien juega ya conoce las reglas del juego y, como cualquier otro juego de azar más o menos amañado, uno debe ser terriblemente ingenuo para creer en la benevolencia monetaria del que vende la participación en éste.

Las elecciones políticas no funcionan de manera muy distinta. Un candidato o una serie de ellos, ya sean personas, partidos o coaliciones, venden un producto que en el fondo no son más que promesas: de cambio, de bienestar, de futuro, de trabajo, de dinero. Al igual que los vendedores de paraísos o loterías, los políticos venden promesas a cambio de votos. Y quien cae en ese juego, sabe que está siendo *estafado*. Pero en este caso, quien conoce las reglas y participa, lo hace sabiendo que en el fondo, en la política institucional, cuando las cosas cambian, si no es para que la situación empeore es para que todo siga igual.

Por qué los anarquistas no votan

Todo lo que puede ser dicho acerca del sufragio puede ser resumido en una frase: Votar significa entregar tu propio poder.

Elegir un señor, o muchos señores, sea por largo o corto plazo, significa entregar a otra persona la propia libertad.

Ya se llame monarca absoluto, rey constitucional o simplemente presidente, el candidato que llevamos al trono, al gobierno o al parlamento siempre será nuestro señor. Son personas que colocamos «arriba» de todas las leyes, ya que son ellas que las hacen, cabiéndoles, además, a ellos mismos la tarea de verificar si están siendo obedecidas.

Votar es una idiotez.

Es tan tonto como creer que hombres y mujeres comunes y corrientes como nosotros sean capaces, de un momento a otro, en un parpadear de ojos, adquirir todo el conocimiento y la comprensión acerca de todo. Y es exactamente eso lo que sucede. Las personas que elegimos son obligadas a legislar acerca de todo lo que pasa en la faz de la tierra; acerca de cómo una caja de cerillas debe o no ser hecha, o aún si el país debe o no guerrear; cómo mejorar la agricultura, o cuál debe ser la mejor manera para matar algunos árabes o negros. Es muy probable que se crea que la inteligencia de estas personas crezca en la misma proporción en que aumenta la variedad de los asuntos con los cuales ellas son obligadas a tratar. Sin embargo, la historia y la experiencia nos demuestran todo lo contrario.

El poder ejerce una influencia enloquecedora sobre quien lo detenta y los parlamentos sólo diseminan la infelicidad.

En sus sesiones acaba siempre prevaleciendo la voluntad de aquellos que están, moral e intelectualmente, abajo de la media.

Votar significa formar traidores, fomentar el peor tipo de deslealtad.

Ciertamente los electores creen en la honestidad de los candidatos y esto perdura mientras dura el fervor y la pasión por la disputa.

Cada día tiene su mañana. De la misma forma que las condiciones se modifican, la persona también se modifica. Hoy su candidato hace una reverencia en su presencia; mañana lo mirará despectivamente. Aquel que vivía pidiendo votos se transforma en su señor.

¿Cómo puede un trabajador, que usted colocó en la clase dirigente, ser lo que era antes si ahora habla de igual a igual con los opresores? Note la suficiencia tan evidente con que se expresa cada uno de ellos después que visitan a un importante industrial o al presidente en su corte.

La atmósfera del gobierno no es de armonía pero sí de corrupción. Si uno de nosotros fuese enviado a un lugar tan sucio no sería sorprendente que regresásemos en condiciones deplorables.

Por eso, no abandone su libertad.

¡No vote!

En vez de entregar a los otros la defensa de sus propios intereses, ¡decídase! En vez de intentar escoger mentores que guíen sus acciones futuras, ¡sea su propio conductor! Y haga eso ¡ahora! Los hombres y mujeres convencidos no esperan mucho por una oportunidad.

Colocar en los hombros de los otros la responsabilidad por sus acciones es cobardía.

¡No vote! Nuestra elección: anarquismo, apoyo mutuo y autogestión.

Élisée Reclus

Autómatas

El descontento social que había estallado en los últimos años, fruto de las diferentes medidas tomadas por el capitalismo para su persistencia, ha sido reconducido por vías para nada impredecibles. Vías que quedan evidenciadas en las declaraciones nacionalistas y militaristas de la nueva izquierda.

¿Cómo se fusiona con el endurecimiento de las nuevas medidas legales contra las *migrantes*? ¿Y con los ensayos que actualmente están llevando a cabo los ejércitos españoles en materia de antidisturbios?

La defensa de la nación, la democracia y el Estado por sobre todas las cosas.

En el proyecto de la nueva izquierda se vislumbra todo aquello de este mundo que los antiautoritarios odiamos: personalismos, jerarquías, poder. En definitiva, en su forma se palpa el modelo que buscan, por el cual existen, un modelo de mundo que en nada se distingue del actual.

Los primeros ejemplos que nos vienen a la mente son los de Podemos, a nivel estatal, y Guanyem Barcelona, a nivel de la metrópolis de Barcelona. La diferencia entre ambos es que el primero no es nada más ni nada menos que una lavada de cara de la izquierda autoritaria de toda la vida y los segundos son una agrupación cuyos miembros, en apariencia, no vienen de la política clásica institucional sino de los llamados movimientos sociales. Este último caso deja una sensación extraña en el paladar: ¿cómo es posible que quienes apuestan por la autonomía hagan un giro radical y en bandada? Quizás sea menos ingenuo ver en ese espectro amorfo que se define como «movimientos sociales» un posible trampolín para muchos aspirantes a la política institucional; apoyado con ideas de «mal menor» y de necesidad de «legitimidad social» cimentadas en los mismos códigos y bases de aquel sistema que decimos querer combatir y erradicar, dejando de lado la necesidad de análisis, discursos, y prácticas propias.

La nueva izquierda poco a poco va abandonando la retórica inicial para dirigir toda la energía del descontento hacia la búsqueda de una «buena» gestión.

Y como el pasado nos enseña, cualquier idea de gestión política es un síntoma de derrota.

Pero Podemos no nos habla de izquierda, sino que prefiere hablar de transversalidad. En este sentido hacen muy buenas migas con las propuestas de UpyD (que fueron quienes comenzaron a hablar de transversalidad en sus programas) o el partido italiano M5S, que es capaz de juntar lo peor de ambos extremos de la linealidad política en un mismo programa. Y recientemente Raimundo Viejo, un miembro común de Guanyem y Podemos y antiguo militante de Izquierda Unida, aseguraba que «en Podemos cabe todo, el nacionalismo y el patriotismo».

Más allá de la revalorización de valores como los de la nación y el Estado (con sus fronteras, sus agentes represivos, sus cárceles, etcétera), el mayor logro de toda esta izquierda, como decíamos al principio, es haber arrancado el descontento social desde las calles hacia lo institucional —logro en el peor sentido que podamos imaginar— y hasta haber borrado en muchas personas la idea de lucha. Pero si no hay lucha, no seremos más que autómatas, pudiendo dar así por concluido el proceso de alienación.

Puntales y promesas

Del «nadie nos representa» a «la representación de los nadie»

Todos los partidos de izquierda intentaron sacar tajada de las movilizaciones del 2011 conocidas como «movimiento 15M» o simplemente «15M». De los gritos que más se escucharon en aquellos primeros días, quizás los de «no nos representan» o «nadie nos representa» fueron los que más retumbaron. Pero los políticos y aspirantes estaban entre aquellos griteríos, esperando el momento oportuno para darle un giro fácil y no tan inesperado. «Nadie nos representa BIEN» acabaría siendo su traducción y actualización.

No vamos a hacer un recorrido de los motivos que llevaron a todas esas movilizaciones, muchas de las cuales a día de hoy perduran con formas cada vez más direccionadas a salvar lo que queda o alguna vez hubo de «bienestar» en el Estado. Bienestar, nunca está de más repetir, en el sentido burgués, entendido como confort para unos pocos y miseria para la mayoría.

Reajustes y desestabilización económicos, deslocalización de la industria, desinfe de las diferentes burbujas (financiera, inmobiliaria), etcétera, cosas que escapan a este análisis pero que no pueden dejar de venirnos a la mente cuando pensamos en que todas éstas son inherentes al capitalismo e inevitables para su conservación. Sin embargo, no se puede curar una epidemia, la plaga del capitalismo, con antiinflamatorios.

Había una monja, un profesor, una activista y un abogado...

De todos aquellos que vinieron a cumplir la función de *apuntaladores* del Sistema, nos interesan esas formaciones supuestamente surgidas «desde abajo» pero que no son más que hijos del nivel de vida que buscan defender; salidas de los «movimientos sociales» aunque en estos movimientos no han hecho otra cosa que carrera política alternativa, un trampolín a las altas esferas de la política. Y aunque en el fondo, al igual que las formaciones políticas más

clásicas, apelen a la emoción, se aprovechen de la escasa cultura política de sus futuros o actuales electores, coman del plato del *boom* mediático, y hagan de los «personajes» la correa de transmisión más que de los mensajes, lo que los diferencia es que responden a un deseo profundo de los defensores de lo existente: el relevo de lo que se da a llamar la «casta» política por una nueva, más joven, pero al fin y al cabo no menos *casta*.

La mezcla entre sentido apolítico de la política muy característico de las movilizaciones ciudadanas y el popurrí folclórico de la izquierda marginal ha dado resultados como podrían ser el partido Podemos en Madrid, el reciclaje de las CUP en Cataluña, y la creación de las formaciones catalanas como Proces Constituent y, más recientemente, Guanyem Barcelona. «Nos encontramos en un momento histórico donde es necesario dar un paso adelante y reunir fuerzas» se oye... pero, ¿para qué? Para apuntalar el Sistema. De eso tratan todos estos procesos llamados participativos. O como decían en las anteriores elecciones parlamentarias las CUP: «Tu voto, tu lucha». La misma cantinela de siempre. «Se trata de la política de partidos de siempre, remozada, y expresada en el momento y el lugar oportunos, para oídos que estaban muy dispuestos a escuchar. En el momento en que la degradación social iba camino de convertirse en irreversible, cuando las condiciones de vida sufrían un hundimiento generalizado y el descrédito de las instituciones se profundizaba, la voz de los oprimidos reclamó amos mejores, y aquellos que siempre están dispuestos a acudir a la llamada, por fin, aparecieron. Se trata, sobre todo, de apuntalar las ruinas e intentar, por todos los medios, ampliar los plazos de vencimiento de una forma de vida condenada desde hace tiempo.»¹

Todos nos hablan de repartición de la riqueza, pero nadie cuestiona de dónde sale toda esa riqueza. Hablan del viejo cuento de copar las instituciones, pero no son capaces de cuestionar que esas instituciones que pretenden «copar», o mejor dicho «salvar», son un cúmulo de opresión en sí mismas. Salvar a la nación, o crearla si hace falta, con una especie de patriotismo *light* y pseudo anticapitalista, contra lo malo *extranjero* que pone en peligro *lo local*: en este momento la Banca extranjera, los Poderes extranjeros, las Instituciones extranjeras; pero bien sabemos cómo de fácil es que el adjetivo pase al plano principal, con sus históricamente repetidas consecuencias.

Nacionalismos «progres»

Hay diferentes métodos que el discurso nacionalista de izquierdas utiliza conscientemente para neutralizar las críticas en su contra. Uno de ellos, el más básico y simple, es a través de la creencia de que una crítica a *su* nacionalismo

1 Juanma Agulles, «¿Otra vuelta de tuerca II?», en <http://www.revistahincapie.com/?p=5798>

(bueno, oprimido, de izquierdas) beneficia al *otro* nacionalismo (malo, opresor, de derechas), cuando en el fondo, desde una perspectiva antinacionalista, es fácil rebatir su estrategia: ni uno ni otro.

Los discursos nacionalistas que hablan de independencia y autodeterminación muchas veces eluden —por lo menos aquellos provenientes de la izquierda supuestamente autónoma y (también supuestamente) extraparlamentaria— nombrar la cuestión del Estado. Nos hablan de soberanía, pero dentro del discurso de gobernabilidad soberanía *siempre significará* soberanía estatal. Los modelos que vislumbran en su horizonte dejan entrever cuál es el modelo social que anhelan: Cuba, Venezuela, la Rusia leninista.

Hace un tiempo, cuando comenzaron a notarse los primeros movimientos del actual proceso de reestructuración capitalista en Europa, unos compañeros franceses repartieron un texto en el que advertían sobre el posible auge de un nacionalismo de izquierdas. Muchos habrán interpretado esta advertencia como poco preocupante; después de todo, lo realmente preocupante es que suban los nacionalismos de derechas. Sin embargo, lo que en realidad advertían los compañeros era esa capacidad catalizadora y desmovilizadora que estos nacionalismos de izquierdas contienen; y que, después de todo, no son más que agentes políticos capaces de llevar las luchas anticapitalistas a terrenos mucho más beneficiantes para el sistema representativo, para la política institucional, como por ejemplo la defensa de la democracia, del Estado de bienestar o los estrechos cauces de la cuestión nacional; y, en definitiva, la defensa del Sistema.

Aparentemente surgen del espectro anticapitalista, pero no mencionan al Estado democrático en su crítica, cuando los Estados democráticos siempre son capitalistas, y la democracia es algo a salvar por medio de un extraño concepto de «socialismo» que nadie sabe exactamente qué significa. Y no nombran prácticamente el término comunismo, porque las imágenes de la Rusia decadente y totalitaria o de una Cuba bloqueada no son nada atractivas como propaganda para esa clase media que es la base electoral de esta «izquierda un poco más a la izquierda».

Ensaladilla rusa con arepas

Los políticos suben o bajan no en base a quién puja más o menos en la subasta que es el mercado de la política, sino en base a cuál relato es más imposible. La imposibilidad está sobrevalorada, aunque los votantes saben de antemano que lo que los políticos venden no son más que cuentos, ilusiones que estas formaciones políticas de la llamada «nueva izquierda» emergente en el Estado español están sabiendo gestionar. Pero esta izquierda de «nueva» tiene poco.

No podemos evitar pensar en que la mezcla de la vieja y clásica izquierda autoritaria —la que nació a la sombra del estalinismo—, la socialdemocracia

reformista y el populismo latinoamericano, bien entreverados y con unos matices particulares de la idiosincrasia ibérica, ha dado a luz unos hijos bastardos, estos nuevos partidos que el Estado necesita para rejuvenecerse y curarse en salud.

Compararlos con el estalinismo, la socialdemocracia y el populismo latinoamericano nos deja también visualizar cuál es el camino político por el que apuestan y que quieren tomar estas formaciones, comparación que seguramente para ellos no es más que un elogio. No nos olvidemos que, entre otras hazañas, fue el estalinismo el que deportó a pie a un millón y medio de chechenos hasta el desierto de Kazakistán y el que desertificó, en su afán productivista, el mar Aral; que fueron los socialdemócratas alemanes los que fundaron en esas tierras los campos de concentración para encerrar a socialistas revolucionarios y anarquistas; que es Evo Morales el que está expulsando a los indígenas de la selva con sus planes para la expansión capitalista o que el proyecto bolivariano descansa en la espalda exhausta y los cuerpos masacrados de campesinos, indígenas y en las transacciones petroleras con su «enemigo» Estados Unidos, más allá del mérito de haber nacionalizado la Coca-Cola.

En el fondo, llamar «nueva izquierda» a estas formaciones continuistas es quedarse a medio camino entre el insulto y la parodia.

Elocuencia

Aquel que habla es porque sabe hablar, y el que escribe, porque sabe hacerlo. Todos aquellos que utilizamos la fonética o la gramática para comunicarnos es porque de alguna manera, con mayor o menor éxito, sabemos hacerlo. Pero la elocuencia, aquella forma de expresión con el objetivo de deleitar, de sorprender, de persuadir a través de palabras y gestos, si hay alguien que sabe hacerlo bien es aquél que en ello va su profesión, los profesionales del asunto: los actores, los cuenta cuentos y, por qué no, los políticos.

Uno de los síntomas de la servidumbre voluntaria es la admiración por el amo, ser admiradores de su elocuencia. «Desean ser convencidos enseguida, ser arrastrados por un río sonoro de palabras familiares y fácilmente comprensibles. Admiran la gimnasia del orador congestionado; se beberían el sudor heroico de las cabezas retumbantes. Les encanta ser dominados en tropel, apretados unos con otros; sentir en las espaldas, al mismo tiempo que los demás, el latigazo de las parrafadas finales; perderse en la adoración común; vaciar su mente de toda serenidad, de toda crítica, a la música vulgar de los tribunales; estremecerse con el espasmo ajeno, impuesto por la carne próxima; abandonarse al pánico que aplaude.»²

2 Rafel Barrett, *Moralidades actuales*. Pepitas de Calabaza, 2010.

Dejarse entumecer por las palabras. Oír lo que se necesita oír. Después de todo, la política y el antiinflamatorio buscan quitar el dolor. La realidad es mucho más espeluznante, pero quien la ve de frente pierde el miedo, y quien pierde el miedo y las esperanzas ya no vota ni escucha la palabrería de los santurrónes. Aconsejaba Rafael Barrett: «Id a los parlamentos, a las cátedras y a las iglesias, los que no tenéis entrañas. Id en rebaños; vuestras conciencias, igual que los cuerpos, no se tocan entre sí más que en sus superficies; eso os basta, a vosotros que sois únicamente superficie y corteza. Id: la voz despótica atronará vuestra vacuidad interior, mentes desalquiladas. Id innumerables, alargad a la vez las orejas, y felicitaos de volver cargados de ecos, y dichosos de vuestra docilidad»³.

Alguien decía que toda comunicación se arruina a sí misma presentándonos en el momento crítico de la persuasión las razones por las que debemos desconfiar de ella. Varado en un mundo chillón de mensajes manipuladores, se podría descubrir en la misma retórica las razones por las cuales estas vulgares intimidaciones comerciales y políticas deben ser contempladas con particular desconfianza.

Nada nuevo bajo el sol

El mundo de la política parece irse directamente hacia un precipicio: corrupción, escándalos, descreimiento, etcétera. Y la mejor campaña contra la política y los políticos la hacen ellos mismos.

Pero la nueva izquierda aparece aquí como un puntal, para defender lo indefendible, para salvar lo insalvable. Las agrupaciones de la llamada nueva izquierda, al igual que el resto de las formaciones políticas, escarban la uniforme corteza hipócrita de la democracia para hacerse un hueco en la mesa del festín. A costa de qué y de quiénes, ya lo sabemos bien.

Más allá de los grandilocuentes discursos y de las promesas, la correspondencia biunívoca con la política dominante es evidente. Cambian las máscaras pero las intenciones son las mismas. La representación, el pastoreo, el poder.

Y como decíamos antes, por más disfraces de *lo diferente* que se pongan estas formaciones, no van a hacer un feo a sus votantes. La base electoral de estas nuevas formaciones sale de la clase media, esa «masa compacta», según Walter Benjamin, que hace de valla de contención entre los explotadores y los explotados, de donde, claramente, también surgieron los fascismos europeos.

3 Ibíd.

Dos preguntas en la radio

Hace unas semanas, y en una radio alternativa, me preguntaron si no era cierto que el municipalismo tiene una honda raíz libertaria. Respondí con una perogrullada: el municipalismo libertario tiene una honda raíz libertaria, pero aplicar este adjetivo a cualquier apuesta municipalista es un error. Lo que siempre se ha defendido en el mundo libertario es el municipio libre, autogestionado y descentralizado. Semejante apuesta, la nuestra, a duras penas puede confundirse con la de proyectos que acatan la lógica de las instituciones y de sus elecciones, como es el caso de la mayoría de los muchos que han proliferado en los últimos meses. No está de más agregar que estos proyectos municipalistas de los que hablo parecen llamados a asumir la presencia de fuerzas políticas que no tienen ninguna condición libertaria. Para que nada falte, en fin, en este caso ni siquiera puede invocarse la discusión que planteó la CUP catalana en sus inicios, cuando decidió concurrir a elecciones municipales en pequeños núcleos de población en los que, al menos sobre el papel, era imaginable el despliegue de formas de democracia directa. Obviamente no es éste el horizonte que invocan Guanyem Barcelona, Ganemos Madrid y la mayoría de los Ganemos que conocemos.

Hoy mismo, y en otra radio, me han preguntado qué hay de libertario en la propuesta de Podemos. Con toda evidencia, absolutamente nada: los responsables de Podemos no coquetean, siquiera retóricamente, con ningún horizonte libertario. Y no lo hacen, en primer lugar, porque su apuesta, cortoplacista, no rompe premeditamente el molde de la vulgata socialdemócrata, no plantea ningún horizonte de superación del capitalismo y no presta atención a la corrosión terminal de éste y al colapso que se avecina. La deriva de Podemos es la de un partido atrapatodo que no duda en defender unas fuerzas armadas garantes de la soberanía, asume un discurso nacional-patriótico y rehuye las definiciones ideológicas, a la manera, por cierto, de lo que hizo el PSOE en 1982.

El proyecto correspondiente, dirigido por una cúpula jerarquizada, se asienta en lo que más parece una ficción de participación asamblearia, muy adap-

tada a la condición de muchos simpatizantes —no todos, claro— que son, sin más, activistas de Facebook, y consecuente, también, con el acatamiento de las miserias vinculadas con elecciones, partidos e instituciones. El panorama se completa con la certificación de que la ilusión que Podemos ha provocado en mucha gente se solapa con un escenario de inquietante desmovilización social y laboral. Aunque la responsabilidad al respecto no es exclusiva de la nueva fuerza política, no deja de sorprender que sus dirigentes no parezcan mayormente preocupados por ello. Esa cercanía a las instituciones y ese desdén por la movilización y por la lucha acaso se deben a que Podemos considera los movimientos sociales como meros resortes al servicio de un proyecto que dicta una vanguardia omnisciente, en un escenario que no puede estar más alejado del retratado por la palabra autogestión. Mucho me temo, en fin, que los dirigentes de Podemos, que creen encabezar un proceso que se encuentra bajo su control, bien pueden ser rehenes de un proyecto ideado por otros.

Carlos Taibo

La ofensiva ciudadanista

El 24 de junio [de 2014] saltó a la palestra la Plataforma ciudadana «Guanyem Barcelona», edificada en torno al atractivo mediático de Ada Colau, la delegada más televisiva de la Plataforma de Afectados por las Hipotecas; el enésimo acto de la comedia electoral hispana tenía lugar en medio de patéticas advertencias contra la ofensiva neoliberal e indignadas promesas de cambiar las reglas del juego político, de romper la relación íntima de la administración pública con los grandes intereses privados y, en fin, de rescatar «la democracia», el sistema político nacido de la reforma pactada de la pasada dictadura, todo ello pronunciado con el tono de la mayor sinceridad. Parece que el ciclo abierto durante el 15M haya llegado a su más lógica conclusión. La incapacidad de la vieja política en resolver los problemas económicos de las masas desclasadas, rebautizadas como ciudadanía, obliga a la formación de un gran partido ciudadanista que ahora se concreta en diversas iniciativas refundadoras que cúpulas improvisadas difunden con la ayuda de equipos informáticos. Mientras las nuevas formaciones políticas se preparan para competir en las próximas municipales y autonómicas expresando así el anhelo de urnas de una supuesta clase ciudadana que se manifiesta a través de los movimientos sociales, vecinales y sindicales, podríamos tratar de explicar las causas de esta aparente transformación del escenario político, que habrá que buscarlas en las nuevas condiciones de existencia de las clases masificadas que hasta hoy habían constituido la base social del vigente régimen partitocrático.

En los países donde reinan las condiciones modernas de producción y consumo realmente no puede hablarse de clases, sino de masas, amontonamiento indiferenciado de residuos de clases y fragmentos de capas sociales, conformista y resignado a delegar la defensa de sus intereses en una clase política profesionalizada y enquistada en las instituciones. En esta etapa del capitalismo, que calificamos como desarrollista, el Capital y el Estado se fusionan originando un sistema político eminentemente bipartidista entremezclado con intereses financieros, turísticos e inmobiliarios. Es la partitocracia. Pues bien,

el empobrecimiento de la parte más vulnerable de dichas masas ha provocado en la sociedad civil diversos movimientos autoorganizados al calor de los conflictos locales, ni lo bastante fuertes, ni lo suficientemente lúcidos como para prescindir del enjambre de militantes de viejos partidos frustrados, casi marginados, que han acudido a la lucha con la intención de instrumentalizarla, ni tampoco de las bandadas de nuevos militantes ambiciosos forjados en ellas. En resumen, la crisis social ha desgastado la imagen de la vieja política bipartidista, acelerando la descomposición de la facción socialdemócrata, uno de los dos puntales del orden político, hasta el punto de preocupar a la clase dominante, pero no ha creado un movimiento social independiente capaz de encarar los problemas con espíritu revolucionario.

En esas condiciones de crisis a medias entra en juego la nueva burocracia política ciudadanista que se segrega de las luchas sociales y pretende representar en los parlamentos y consistorios los intereses perdedores en la globalización económica. Dichos intereses varían de un escenario a otro, según vayan más o menos asociados, bien a los viejos partidos minoritarios que se alimentan del cadáver bipartidista, bien a las oligarquías regionales en pugna con el Estado central por cuestiones de impuestos y transferencias, es decir, están determinados por el grado de implicación en los conflictos secundarios dentro de la clase dominante en torno al modelo político o administrativo más eficaz para la economía. La disparidad de intereses ha dado lugar a diferentes proyectos, algunos limitados al ámbito municipal, como por ejemplo Guanyem Barcelona, otros como el de la CUP circunscritos en el área autonómica, y finalmente, otros con ambiciones estatales, caso del electopartido izquierdista Podemos. La impostura se desprende de un dato: no son sus futuros votantes quienes han elegido a sus candidatos; son más bien éstos los que con distintas estrategias han elegido a sus futuros votantes. Sorprende sin embargo que, aunque tales proyectos estén todos en su primera infancia, sus promotores adolezcan visiblemente de una vieja y conocida enfermedad, el cretinismo parlamentario, dolencia que introduce en sus desafortunadas víctimas la convicción solemne de que el presente y el futuro del país entero, de las masas y las clases, han de determinarse en función de la distribución del número de cargos electos en todos los foros institucionales, y que todo lo que sucede fuera de ellos, disturbios, huelgas, sabotajes, ocupación, revoluciones, guerras, etcétera, tiene mucha menos importancia que cualquier asunto, por nimio que sea, que en un momento dado ocupe la atención de los diputados o concejales reunidos.

De alguna forma las tentativas ciudadanistas han querido llevar las circunstancias críticas al punto en el que se encontraban antes del 15M. Para muchos sectores sociales afectados, particularmente el de la juventud con estudios precaria o en paro, la cantera mayor del ciudadanismo, el horror al desorden y la

anarquía que intuyen en los violentos enfrentamientos con la policía habidos en los desbordamientos de manis callejeras, es más fuerte que la indignación ante la impunidad de la Banca, la magnitud de los recortes en Sanidad y Educación o la corrupción de la jerarquía partitocrática. En su intervención política subyace el deseo de impedir la formación de organismos sociales exteriores al sistema y fuera de control, o sea, verdaderamente autoorganizados, capaces de movilizar a las masas irritadas y desposeídas contra la clase dominante y el Estado. Su función consiste en detener la marcha de un antagonismo que no para de crecer, canalizando sus reivindicaciones, sus experiencias y sus impulsos hacia el pantano de la política. El desplazamiento de las escaramuzas territoriales y urbanas hacia los consistorios y los parlamentos, en suma, el relevo de lo social por lo político, trasluce precisamente la intención señalada de restablecer el orden en las coordenadas sociales anteriores a la crisis económica, pero como suele suceder, la decadencia del partido ciudadanista comenzará en el mismo momento de su triunfo. Mientras dure la crisis tiene la existencia asegurada; pero a condición de formar parte del juego y evitar que la baraja se rompa.

Los ciudadanistas no cuestionan el Capital, ni tampoco el Estado; quieren acomodar lo que llaman «economía social» en el primero, y tener cabida en el segundo, por la sencilla razón de que su base social, los sectores desclasados mesocráticos, se moviliza a condición de que no pase nada. Por razones electorales, pueden mantener un equívoco al respecto reivindicando acontecimientos rupturistas como los de Gamonal o Can Vies, pero siempre se separarán del hecho violento, atribuible por ellos a la policía o a minorías exaltadas no representativas. Las nuevas formaciones ciudadanistas no se plantean la acción y temen todas las iniciativas que conduzcan a ella. Su naturaleza mezquina y ambiciosa nada mejor en los estanques de la política, lejos de los peligros que acarrea la intervención en las luchas sociales. Creen que hacen lo que deben cuando no hacen nada práctico y se limitan al acto festivo y simbólico. Son expertas en espectáculos llamativos y ruidosos, como el que se intentó con las Marchas por la Dignidad, montajes cuya inanidad corre pareja al tamaño de sus pretensiones. Pero en la medida que hay espectáculo, deja de haber realidad. Eso lo sabe la clase dirigente, que en último extremo puede permitirse dominar a través incluso de partidos a la violeta, plataformas cívicas, coaliciones no oficialistas y demás «mecanismos de participación ciudadana» que en apariencia, pero sólo en apariencia, parecen contrarios a sus intereses, a no ser que los oprimidos rebeldes tengan en cuenta que la mirada dirigida y enaltecida por los medios, a veces alternativos, nunca es la de la libertad, sino la del poder, actuando en consecuencia.

¡Abajo el engaño ciudadanista!

Apuntalar las ruinas

Al parecer nos encontraríamos inmersos en un proceso constituyente que vendría a dismantelar el tinglado conocido como «régimen del setenta y ocho». El pueblo, la gente corriente, los de abajo, a partir de la catarsis colectiva que supuso el llamado 15-M o los movimientos indignados, habría despertado al amanecer de una regeneración democrática. Una casta de políticos profesionales, banqueros y élites del capital internacional, que durante más de treinta años habían secuestrado la voluntad del pueblo, empezó a ser señalada por la masa indignada como culpables de la crisis, la corrupción y el dismantelamiento de los servicios públicos. Los estragos de la recesión económica, que se cebaron sobre los más débiles, fueron dando paso a nuevas formas de organización. El descrédito de los partidos políticos tradicionales, los sindicatos, el gobierno y la justicia, abrieron una crisis de legitimidad, que se expresó en las acampadas de las plazas de muchas ciudades, entre mayo y septiembre de 2011, al grito de «no nos representan». Un movimiento ilusionante, no definido como de izquierdas o de derechas, sino como el movimiento de «los de abajo» que, poco a poco, se convirtió en una multitud de mareas reivindicativas. En los últimos meses, con la articulación electoral de *Podemos*, y la aparición de nuevos líderes que se definen a sí mismos como «dispositivos de comunicación política», estaríamos asistiendo al inicio de la recuperación de la soberanía arrebatada al pueblo, y a los primeros pasos dirigidos hacia una sociedad más justa en el reparto de la riqueza; abierta, por fin, a la participación ciudadana. El fin de la vieja política, el inicio esperanzador de una nueva transición.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. Hasta aquí, el relato mítico del «proceso constituyente», con *Podemos* en el papel de la organización que mejor ha sabido conectar con la ola de indignación y sacar un rédito electoral impensable hace apenas seis meses. Los de abajo contra la casta, las familias contra los banqueros, el sentido común contra la vieja política, etcétera. Los elementos del relato son conocidos y se pueden extender a cuantos aspectos de

la realidad se traten, con leves variaciones. Así, si se habla de economía basta enfrentar la economía productiva a la especulación financiera. Si de Europa se trata, opondremos el Sur de Europa a la señora Merkel, o el pueblo contra la Troika. Si nos las tenemos que ver con los partidos adversarios opondremos sus bases a la casta de sus dirigentes... y así hasta la náusea.

El relato mítico extrae su fuerza de la repetición constante de esas oposiciones: «nosotros contra ellos», con independencia del contenido, porque evidentemente siempre nosotros seremos nosotros, y ellos, ellos. Y así las verdaderas causas de la opresión quedan veladas. Pero el mensaje, sin duda, llega mucho mejor. Sin embargo, no han sido los impulsores de *Podemos* (el conocido como círculo promotor) quienes han inventado el cuento. Se trata de la política de partidos de siempre, remozada, y expresada en el momento y el lugar oportunos, para oídos que estaban muy dispuestos a escuchar. En el momento en que la degradación social iba camino de convertirse en irreversible, cuando las condiciones de vida sufrían un hundimiento generalizado y el descrédito de las instituciones se profundizaba, la voz de los oprimidos reclamó amos mejores, y aquellos que siempre están dispuestos a acudir a la llamada, por fin, aparecieron. Se trata, sobre todo, de apuntalar las ruinas e intentar, por todos los medios, ampliar los plazos de vencimiento de una forma de vida condenada desde hace tiempo. Ese es el papel de *Podemos*, encauzar la negación del régimen que sufrimos hacia una reforma que mantenga las bases materiales de la opresión pero que adopte formas más «participativas».

La base social se nutre de los reductos de las clases medias, profesionales liberales, funcionarios y estudiantes que han visto cómo la extensión de la crisis económica ha hecho peligrar ese mundo que habían creído conquistar con tanto empeño. El mundo de una precaria seguridad garantizada por un Estado de Beneficencia, que es a lo máximo a lo que llegó aquí la utopía del Estado de Bienestar. Durante casi veinte años, la derecha de este país se había ganado a una parte importante de aquellos que reclamaban «trabajo por encima de todo», y con los mismos argumentos pueden pasar hoy a engrosar las filas de los *Círculos*. Para ellos se construye el relato mítico que hemos visto antes, y ganarlos para la causa pasa por desplazar los términos del debate a las nuevas coordenadas.

En muchos aspectos el trabajo ya estaba hecho. Es una tontería pensar que los dirigentes de *Podemos* son una especie de maquiavelos posmodernos que tenían todo planeado, o unos genios de la comunicación política (resultan más bien cansinos y pedantes) que han dinamitado el escenario político como parte de una estrategia bien diseñada. Se trata de la expresión organizada de algo que latía ya en las primeras marchas de indignados y que algunos calificaron como una manera de «obedecer bajo la forma de la rebelión». Una representa-

ción de la derrota de los movimientos emancipatorios y de las luchas sociales que, después de la Transición, pasaron a tener un papel testimonial, mientras la reconversión de una economía industrial a una economía de servicios integrada en la Comunidad Europea culminaba un proceso que se había iniciado con el Pacto de Estabilización de 1959. La conflictividad social de los años sesenta y setenta, duramente reprimida y posteriormente integrada en el régimen surgido de los Pactos de la Moncloa, fue desapareciendo mientras la modernización del país se realizaba a marchas forzadas, con cargo a los Fondos de Cohesión Europea, a las subvenciones de la Política Agraria Común y a los dictados del Banco Central Europeo.

El sueño de una sociedad de la abundancia se convertía en un férreo consenso político y social en torno al crecimiento económico y el desarrollo de las infraestructuras necesarias para formar parte del Mercado Común. Los fastos del '92 dieron carta de soberanía a nuestra particular Gran Transformación, que en la segunda mitad de los años noventa se aceleró hasta puntos insospechados, abriendo un ciclo expansivo en base a la economía del ladrillo y al pelotazo inmobiliario. El hundimiento de aquel modelo se dio cuando las transformaciones sociales que había provocado empezaron a dar síntomas evidentes de degradación. Una sociedad de servicios, precarizada y en lo fundamental dependiente, con una masa de trabajadores indefinidos tanto en lo que supuestamente era su trabajo como en lo que significaba para el conjunto de la sociedad. Cuando la máquina de crecimiento urbanístico se atragantó con toda la mierda que había generado, era demasiado tarde para apelar a la conciencia política, y sólo cabía indignarse porque alguien hubiese parado la música para dar por finalizada la fiesta.

El horizonte político de la reivindicación se reducía a una defensa de las clases medias amenazadas y a la conservación de los servicios públicos como reducto de empleo estable. Para la gran masa de los inempleables, el camino pasaba por la migración o la reivindicación activa de una vuelta al modelo previo a 2008. Y en 2011, con más de diez millones de votos, se le entregó esa responsabilidad al PP. Pero no ha servido de nada. *Podemos* nace en ese escenario y propone una «reindustrialización» y un rescate de la patria de manos de sus captores, a los que un inexplicable síndrome de Estocolmo les otorgó una mayoría absoluta en el Parlamento que hasta hoy mantienen. Las características de ese proceso de cambio del sistema productivo, y de la redistribución de la riqueza que *Podemos* propone, pasan por el refuerzo del Estado, la nacionalización de algunas industrias estratégicas, la auditoria de la deuda pública para, eventualmente, no pagar una parte que se considera ilegítima y sostener los servicios públicos, y poco más. Las llamadas al crecimiento sostenible, el respeto al medio ambiente, la supresión de la energía nuclear

o la prohibición de la extracción de gas esquisto (el proceso conocido como *fraking*), son brindis al sol dentro de un programa que propone reindustrializar el país, aunque se cuide mucho de no explicar qué sectores industriales serían objeto del relanzamiento. El proceso constituyente, al fin y al cabo, se convierte en una refundación del capitalismo sobre unas bases sociales arruinadas, un entorno natural devastado y unos movimientos sociales que ya no aspiran a la libertad porque las condiciones para el ejercicio de la misma han desaparecido bajo las mismas formas que hoy se quieren recuperar con un fin *humanitario*: repartir equitativamente la riqueza. Pero esa «riqueza» nunca ha sido más que la pírrica recompensa que unos pocos obtienen por el sometimiento al régimen industrial de la existencia de la mayoría.

De ese modo, el ascenso del llamado sentido común, que los líderes de *Po-demos* no se cansan de invocar, significa, en la práctica, el repliegue hacia la defensa de un modo de vida indefendible, una vuelta de tuerca más en el encierro del trabajo asalariado y el consumo de un montón de banalidades. Las nuevas castas alternativas ya recorren, con ritmo digno de admiración, el camino hacia su institucionalización. Y en el proceso de construcción de lo que ellos llaman un discurso «hegemónico» lo primero que desaparece es la crítica radical a la cultura material sobre la que se sostienen las actuales formas de opresión. Por ello hay que tener claro el fondo de su propuesta: patria, trabajo, orden y movilización general hacia un horizonte redentor. Quienes nos hemos enfrentado siempre a este programa del Partido del Estado, conocemos bien qué tipo de energías del descontento explotan estos movimientos y qué compromisos debe asumir desde el inicio. Darles la bienvenida como un mal menor y apostar por lo «preferible» es asumir que formaremos también parte de lo «detestable». Y quienes no estén dispuestos a ello deberán afrontar los nuevos malos tiempos por venir y seguir presentando batalla en las peores condiciones imaginables.

Juanma Agulles

La primera como farsa, la segunda también

Cuando en 1979 la coalición de izquierdas municipal en Barcelona PSC-PSOE, PSUC gana las elecciones municipales, las primeras desde el año 1939, el eslogan electoral de quien será alcalde de Barcelona, es decir, Narcís Serra, es «entra con nosotros en el Ayuntamiento». [...] Pero al día siguiente de tomar posesión de su cargo, el alcalde Narcís Serra y su número dos en la lista y futuro sucesor, Pasqual Maragall, llaman a un personaje a su despacho. Este no es otro que el ínclito Juan Antonio Samaranch (por cierto, despedido con los máximos honores, casi de Jefe de Estado, tras su muerte el año pasado). Samaranch, que hasta aquel momento ha sido un fascista que ocupó toda una serie de cargos durante el franquismo, esencialmente vía deporte, pero también, recordémoslo, presidente de la Diputación de Barcelona en la Transición, es llamado a consultas por el primer alcalde democrático y socialista [...] ¿De qué hablaron estas personas ese día? La explicación oficial e interesada ha sido que, en aquel momento, sondeaban la posibilidad de que se hicieran unos Juegos Olímpicos en Barcelona, como así sucedió 13 años más tarde. Pero esa no era la razón fundamental, aunque sin duda se habló de ello. La razón fundamental, y queda perfectamente reflejado con el paso del tiempo, era el intento [...] de conjugar voluntades de una burguesía que se había bifurcado entre franquistas y demócratas, pero que, en los intereses especulativos y de clase, era la misma, como más tarde se vio en el llamado «esponjamiento» del barrio del Raval.

Para hablar aún más claro; había intereses históricos en esta burguesía, especialmente en lo que respecta al urbanismo de toda la ciudad, pero en parte aún más amplia, en el centro de la ciudad, dominado por una mayoritaria ubicación del movimiento proletario y hasta en algunos casos de lumpen proletarios, una población que claramente se quería sustituir en la medida de lo que se pudiera por otra que tuviera bastante más que ver con esos intereses de clase.

Unos años antes de esa charla entre Serra y Samaranch, se ha producido un intento de la burguesía postfranquista (aun en tiempos de Franco) por la transformación del llamado plan de la Ribera, que consistía en el derribo de algunos barrios del centro viejo barcelonés (Santa Caterina, barrio de Sant Pere, Trafalgar, hasta el inicio de la Barceloneta y partes del Poblenou). Esa propuesta no fructificará, entre otras cosas porque no era posible en aquel tiempo (...), pues en esa agonía del franquismo tienen enfrente del sistema una red de asociaciones de vecinos cada vez más emergentes e instaladas en sus territorios, y el apoyo coyuntural en ese momento de los partidos de izquierdas parlamentarios y no parlamentarios⁴ que, en esa lucha contra la dictadura, no dudan en alimentar la disidencia expresada contundentemente por el movimiento vecinal y popular.

Una parte de la burguesía, «la más bienpensante» y con orientaciones socialdemócratas, se dará cuenta de que las transformaciones futuras que tiene ya en su pensamiento no se podrán realizar con garantías desde las vestimentas de la derecha y menos aún del autoritarismo franquista. Será por ello que esperarán su momento, que vendrá a partir de las elecciones democráticas municipales con una mayoría definida de las izquierdas, es decir: socialistas, comunistas, Esquerra Republicana y también grupos en aquel momento no parlamentarios pero que claramente apuntaban a una visión social de lo que llamaremos «los conceptos de izquierdas».

De eso se habla fundamentalmente en esas conversaciones entre Serra y Samaranch. No se puede olvidar, al respecto, que hasta hace una semana Narcís Serra ha sido presidente de la Caixa de Catalunya y Juan Antonio Samaranch, hasta el día de su muerte, presidente de La Caixa de Pensions. Esas dos personas representan a burguesías históricamente diferentes: Serra la de la Lliga Regionalista de Cambó, representante del catalanismo conservador, y Samaranch directamente la que apoyó a Franco. Sin embargo, se tienen que poner de acuerdo en la gestión de unos intereses de clase que las circunstancias políticas han retrasado al menos 70 años.

Adolfo Castaños Garrofé

4 Aunque en el momento del Plan de la Ribera no existiera aún una democracia parlamentaria, el contexto político catalán de los partidos y organizaciones de la izquierda permite establecer una cierta distinción entre los que serían más tarde parlamentarios y extraparlamentarios, en función del discurso político y las prácticas que ya en ese momento habían adoptado.

Diez puñaladas a la política

No todos los hombres de Estado están pagados por el gobierno. Hay funcionarios que no ocupan un escaño en el Parlamento, ni tampoco en las estancias adyacentes.

LA POLÍTICA es el arte de la **separación**. Ahí donde la vida ha perdido su plenitud, donde el pensamiento y la acción de los individuos han sido seccionados, catalogados y encerrados en esferas separadas, ahí empieza la política. Habiendo alejado algunas actividades de los individuos (la discusión, el conflicto, la toma de decisión colectiva, el acuerdo) a una zona de sí que —avalada por su independencia— pretende gobernar a todas las demás, la política es al mismo tiempo separación entre separaciones y gestión jerárquica de la compartimentación. Se muestra así como una especialización, obligada a transformar el problema en suspenso de su propia función en el presupuesto necesario para resolver todos los problemas. Es por eso precisamente que el papel de los profesionales de la política es indiscutible, y lo único que podemos hacer es sustituirlos de vez en cuando. Cada vez que los subversivos aceptan separar los diferentes momentos de la vida y cambiar partiendo de esa separación, las condiciones dadas se convierten en los mejores aliados del orden del mundo. Y precisamente porque aspira a ser una especie de condición básica de la vida misma la política exhala por todas partes su aliento mortífero.

La política es el arte de la **representación**. Para gobernar las mutilaciones infligidas a la vida, constriñe a los individuos a la pasividad, a la contemplación del espectáculo montado sobre su propia imposibilidad de actuar, la delegación irresponsable de sus propias decisiones. Entonces, mientras que la abdicación de la voluntad de determinarse a sí mismos transforma a los individuos en apéndices de la máquina estatal, la política recompone en una falsa unidad la totalidad de los fragmentos. Poder e ideología celebran así sus funestas nupcias. Si la representación es lo que despoja a los individuos de

su capacidad de actuar, ofreciéndole en contrapartida la ilusión de ser participantes y no espectadores, esta dimensión de la política reaparece siempre allí donde alguna organización suplanta a los individuos y algún programa los mantiene en su pasividad. Aparece siempre ahí donde una ideología une lo que en la vida esta separado.

La política es el arte de la **mediación**. Entre la supuesta totalidad y la singularidad, y entre los individuos. Al igual que la voluntad divina necesita sus propios intérpretes y representantes terrestres, la Colectividad necesita sus propios delegados. Al igual que no existen en la religión relaciones entre los hombres, sino sólo entre los creyentes, no son los individuos los que se encuentran en la política, sino los ciudadanos. Los vínculos de pertenencia impiden la unión, porque sólo en la diferencia desaparece la separación. La política nos vuelve iguales porque no hay diversidad en la esclavitud, igualdad ante Dios, igualdad ante la ley. Por esto al diálogo real, que niega la mediación, la política lo sustituye por su ideología. Toda política es una simulación participativa. Toda política es racista. Sólo derribando sus barreras en la revuelta podremos encontrar a los demás en su y en nuestra singularidad. Me rebelo luego existimos. Pero si nosotros existimos, adiós revuelta.

La política es el arte de **lo impersonal**. Cada acción es única y particular. Cada acción es como la fugacidad de una chispa que huye del orden de la generalidad. La política es la administración de ese orden. «¿Qué quieres que sea una acción frente a la complejidad del mundo?» Así argumentan los durmientes en la doble somnolencia de un Sí que es nadie y de un Más tarde que es nunca. La burocracia, fiel siervo de la política, es la nada administrada con el fin de que Nadie pueda actuar. Con el fin de que nadie reconozca jamás su propia responsabilidad en la irresponsabilidad generalizada. El poder ya no dice que todo está bajo control, al contrario dice: «Ni siquiera yo consigo encontrar los remedios, imaginaos cualquier otro». De ahora en adelante la política democrática se basa en la ideología catastrofista de la emergencia («O nosotros o el fascismo, nosotros o el terrorismo, nosotros o lo desconocido»). La generalidad, también la antagonista, siempre es acontecimiento que no acontece y que anula todo lo que acontece. La política invita a todos a participar en el espectáculo de estos movimientos permaneciendo inmóviles.

La política es el arte del **aplazamiento**. Su tiempo es el futuro, es por eso que nos encierra a todos en un presente miserable. Todos juntos, pero mañana. Cualquiera que diga «yo y ahora» arruina, con esta impaciencia, que es la exuberancia del deseo, el orden de la espera. Espera de un objetivo que salga de la maldición de lo particular. Espera de un grupo en el que no poner en peligro las propias decisiones y esconder las propias responsabilidades. Espera de un

crecimiento cualitativo adecuado. Espera de resultados cuantificables. Espera de la muerte. La política es la constante tentativa de transformar la aventura en porvenir. Pero sólo si «yo y ahora» decido puede existir un nosotros que no sea el espacio de una recíproca renuncia, la mentira que nos vuelve a unos controladores de otros. El que quiera actuar ahora es mirado siempre con recelo. Si no es un provocador, se dice, ciertamente actúa como tal. Pero es el instante de una acción y de un placer sin mañana el que nos lleva a la mañana siguiente. Sin la mirada fija en las agujas del reloj.

La política es el arte del **acomodamiento**. Esperando siempre que las condiciones estén maduras, se acaba tarde o temprano aliados con los amos de la espera. En el fondo la razón, que es el órgano de la dilación y del aplazamiento, ofrece siempre un buen motivo para ponerse de acuerdo, para limitar los daños, para salvar algún detalle particular de un todo que se desprecia. La razón política tiene ojos aguzados para encontrar alianzas. No todos son iguales, nos dicen. Rifondazione Comunista no es como esa derecha peligrosa y rastrera. (No votamos por ella en las elecciones —somos abstencionistas— pero los comités ciudadanos, las iniciativas en la calle, son otra cosa). La sanidad pública será siempre mejor que la asistencia privada. Un salario mínimo garantizado será siempre preferible al paro. La política es el mundo de lo menos malo. Y resignándonos a lo menos malo, aceptamos paso a paso este todo, dentro del cual sólo nos conceden las preferencias. El que en cambio no quiere saber nada de eso menos malo es alguien que se aventura, o un aristócratico.

La política es el arte del **cálculo**. Para que las alianzas sean provechosas hay que conocer los secretos de los aliados. El cálculo político es el primero de los secretos. Es necesario saber por dónde pisamos. Hay que hacer detalladas relaciones de los esfuerzos y los resultados obtenidos. Y a fuerza de medir lo que se tiene, se acaba consiguiendo todo, salvo la voluntad de ponerlo en juego y de perderlo. Se acaba siempre sin dar mucho de sí, atentos y con prisas para pedir la cuenta. El ojo fijo sobre lo que nos rodea, no olvidándonos nunca de nosotros mismos. Alerta como policías. Cuando el amor a uno mismo se vuelve excesivo, exige ser propagado. Esta sobreabundancia de vida nos hace olvidarnos de nosotros mismos, nos hace perder, en la tensión del arrebató, la cuenta. Pero el olvido de uno mismo es el deseo de un mundo donde valga la pena perderse, de un mundo que merece nuestro olvido. Es por eso que el mundo tal y como es, administrado por carceleros y contables, tiene que ser destruido, porque podemos darlo todo sin contar. Ahí comienza la insurrección. Superar el cálculo, pero no por defecto, como lo recomienda el humanitarismo que paso tras paso termina siempre aliándose con el verdugo, sino más bien por exceso. Ahí termina la política.

La política es el arte del **control**. Que la actividad humana no se libere de las cadenas del deber y del trabajo para revelarse en toda su potencialidad. Que los obreros no se encuentren en tanto individuos y no paren de dejarse explotar. Que los estudiantes no se decidan a destruir los colegios para elegir cómo, cuándo y qué aprender. Que los familiares no se enamoren los unos de los otros y no dejen de ser los pequeños siervos de un pequeño Estado. Que los niños no sean más que la copia imperfecta de los adultos. Que no acabemos con las distinciones entre los (anarquistas) buenos y los (anarquistas) malos. Que no sean los individuos los que se relacionan, sino las mercancías. Que no se desobedezca a la autoridad. Que cuando alguien ataque las estructuras del Estado se diga enseguida «que eso no es obra de compañeros». Que los bancos, los tribunales, los cuarteles no salten por los aires. En suma, de que no se manifieste la vida.

La política es el arte de la **recuperación**. La forma más eficaz para desalentar toda rebelión, todo deseo de cambio real, es presentar a un hombre de Estado como subversivo, o —mejor aún— transformar a un subversivo en un hombre de Estado. No todos los hombres de Estado están pagados por el gobierno. Hay funcionarios que no ocupan un escaño en el Parlamento, ni tampoco en las estancias adyacentes; más bien al contrario, frecuentan los centros sociales y tienen un conocimiento discreto de las principales tesis revolucionarias. Disertan sobre la potencialidad liberatoria de la tecnología, teorizan esferas públicas no estatales y la superación del sujeto. La realidad —lo saben muy bien— es siempre mucho más compleja que cualquier acción. Así, si conciben una teoría total, es sólo para poder olvidarla totalmente en la vida cotidiana. El poder lo necesita porque —como ellos mismos nos señalan— cuando nadie le critica, el poder se critica por sí mismo.

La política es el arte de la **represión**. Del que no separa los diferentes momentos de su vida y quiere cambiar las condiciones dadas partiendo de la totalidad de sus propios deseos. Del que quiere quemar la pasividad, la contemplación y la delegación. Del que no se deja suplantar por ninguna organización, ni inmovilizar por ningún programa. Del que quiere tener relaciones directas entre individuos y hacer de la diferencia el espacio mismo de la igualdad. Del que no tiene un nosotros sobre el que jurar. Del que perturba el orden de la espera porque quiere sublevarse de inmediato, no mañana, ni pasado mañana. Del que se entrega sin esperar contrapartidas y se olvida por exceso. Del que defiende a sus compañeros con amor y determinación. Del que sólo ofrece a los recuperadores una única oportunidad: la de desaparecer. Del que rechaza pasar a engrosar las incontables filas de los pícaros y los apáticos. Del que no quiere ni gobernar ni controlar. Del que quiere transformar el futuro en una aventura fascinante.

¿Has dicho «municipalismo emancipador»?

Para responder a algunas preguntas que nos aquejan a algunos anarquistas con toda esta cuestión de las elecciones municipales, que nos generan no pocos dolores de cabeza, recurrimos a alguien que «sabe» sobre el tema. No nos confundamos, no es que nosotros no sepamos y necesitemos de un experto que nos resuelva nuestras dudas sino que optamos por que sea el propio Murray Bookchin, quien se preocupó extensamente por desarrollar esas teorías y propuestas que se conocen como municipalismo libertario, el que responda a nuestras inquietudes.

Disfrazado de un inofensivo «municipalismo emancipador», con toda la mentira de las asambleas y los círculos, una horda de políticos fingen surgir de «la calle» y de los «movimientos sociales», y se encaminan hacia una apuesta que con cierto tinte mal pintado de municipalismo libertario recurre al clásico «asalto a las instituciones» leninista.

«No pocas veces piensan *mejor que los vivos*» dijo Guy Debord, y por ello recurrimos a realizar unas preguntas ficticias a Bookchin quien nos da unas respuestas bastante acertadas. Puede que se entienda esto como «descontextualizar» al mismo Bookchin, pero a quien crea esto remitimos a que lea al propio autor.

No somos partidarios ni defensores del municipalismo libertario, pero creemos que tiene una lógica que la actual deriva *municipalista* de la izquierda ni asoma a tener, y se enmarca en un contexto (hipotético o real) para nada similar al de nuestras urbes capitalistas avanzadas.

Al igual que tu, Murray, no creemos en el más allá ni en el paraíso. Pero nos imaginamos que si por lo que sea pudieras ver lo que ocurre en la actualidad en el Estado español y toda esa farsa, algunas veces en nombre de teorías que contribuiste a desarrollar no te haría mucha gracia. ¿Qué opinas de esta izquierda que se presenta como *alternativa* en las elecciones municipales?

Bookchin: ¿Cuándo diablos acabaremos de crear un movimiento capaz de mirar hacia el futuro en lugar del pasado? ¿Cuándo comenzaremos a aprender de lo que está naciendo en lugar de lo que está muriendo? Marx intentó hacerlo en su propio tiempo, y a esto debe su perdurable prestigio... Nuevamente están los muertos andando entre nosotros, y se han vestido irónicamente con el nombre de Marx, el hombre que trató de enterrar a los muertos del siglo diecinueve.

La izquierda está insensible al argumento de la auténtica libertad: es economicista, centralista, burocrática y apasionada por la tecnología.

No seas tan duro Murray, ellos creen (o nos quieren hacer creer que creen) en el cambio...

Bookchin: La revolución completa y multilateral de nuestro tiempo, que está por fin en condiciones de resolver la histórica «cuestión social» nacida de la escasez, la dominación y las jerarquías, toma ejemplo de las revoluciones parciales, incompletas y unilaterales del pasado, que se limitaron a cambiar la forma de la «cuestión social» reemplazando un sistema de explotación jerárquica por otro.

Nosotros creemos que es una farsa y que en el fondo no buscan cambiar nada, sino que buscan limpiar la cara de las instituciones. Como siempre sucedió, desde la izquierda socialdemócrata alemana de principios de siglo hasta el populismo latinoamericano de hoy, la historia se repite al ritmo de «no puede ser de otra manera».

Bookchin: La historia nos ha timado. Ha convertido las verdades de ayer en errores de hoy; no a base de proporcionarnos nuevos argumentos para refutarlos, sino simplemente abriendo a la sociedad un campo de posibilidades. Empezamos a comprender que el área de la dominación es más vasta que la de la explotación material. La tragedia de la corriente socialista es que, bajo el imperio del pasado, utiliza los métodos de la dominación para intentar «liberarnos» de la explotación material.

Los métodos de dominación, como por ejemplo los partidos políticos, los medios de comunicación de masas, las jerarquías, el Estado. Pero, a quien nos dice «qué podemos hacer entonces sino votar» ¿qué le respondemos que debemos hacer?

Bookchin: Debemos iniciar una ruptura con lo dado, con la configuración social que tenemos a la vista y procurar entender que vivimos insertos en un proceso que arrastra tras de sí una larga historia y al que espera un largo futuro.

Suena fácil, pero a veces no sabemos realmente qué buscamos, qué queremos.

Bookchin: Hemos de saber lo que queremos, pues de lo contrario recurriremos a medios que falseen radicalmente nuestros fines. Hoy en día, el comunismo está a la orden del día en el plano de la sociedad, frente a ese revoltijo socialista de «etapas» y «transiciones» que lo único que sabe es atascarnos en ese mismo mundo que intentamos rebasar.

Muchos supuestos libertarios, quizás imbuidos por tus teorías del municipalismo libertario, aunque más probablemente embobados por lecturas un tanto particulares de Lenin y por experiencias latinoamericanas de «poder popular» se creen que toda esta farsa electoral actual, con Podemos y demás mamarrachos, puede acercarnos a una sociedad más libre... ¿Se puede llegar a una sociedad anarquista por esas vías?

Bookchin: Una sociedad anarquista debería ser una sociedad descentralizada, no sólo para establecer una base perdurable para la armonización del ser humano en la naturaleza, sino también para agregar nuevas dimensiones a la armonización de los seres humanos entre sí.

Veo que estas propuestas de «municipalismo» izquierdista, a la cual tienen el descaro de llamar «municipalismo emancipador», son los tentáculos que el Estado extiende para controlar lo que no puede ni debe escapar a su alcance.

Bookchin: No hace falta que me digas que muchos aspectos de la vida actual de los pueblos y ciudades están controlados por el Estado-nación o por cuerpos intermedios, como gobiernos regionales y provinciales que hacen esta tarea en favor del Estado-nación. Hay rasgos del Estado en cada población o pueblecito, y no digamos ya en la ciudad.

El municipalismo izquierdista del que te hablo trabaja codo a codo con los medios de comunicación. ¿Cómo trabajaría una propuesta municipalista libertaria?

Bookchin: Trabajaría a un nivel muy personal que se encontraría fuera de los límites alcanzables por los medios de comunicación. Una cosa que hay que entender es que en la medida en que los medios de comunicación van aumentando su concentración se transforman en fuerzas de alienación. En realidad, el enfoque municipalista libertario sería el único que podría esperar contra-

restar la concentración de poder de la prensa, porque trata de llegar a un nivel de comunidad, poniendo a su alcance medios para neutralizar y oponerse al impacto de la prensa, pues basa su trabajo en la interacción cara a cara.

La cuestión de los partidos a mi me provoca nauseas sólo de pensarlo. Un partido marginal de aquí disfrazado de otra cosa comenzó alabando tus teorías y acabó en el parlamento.

Bookchin: Si un partido aparentemente radical se corrompe por el parlamentarismo, lo que históricamente ha sido el caso de todos los partidos que conozco, entonces, este partido parlamentario se esforzará por moderar la situación existente, facilitando, de hecho, la consecución de sus objetivos a los elementos más perniciosos de la sociedad.

«Por qué los anarquistas no votan» fue publicado en 1885 en *Le Révolté*.

«Autómatas» y «Puntales y promesas» en *Aversión* número 12, diciembre de 2014.

«Dos preguntas en la radio» en *CNT* número 415, enero de 2015.

«Apuntalar las ruinas» es la segunda parte del texto «¿Otra vuelta de tuerka?» aparecido en la revista digital *Hincapié*, julio de 2014.

«La ofensiva ciudadanista» se publicó en el blog de la revista *Argelaga*,

«La primera como farsa, la segunda también» es una pequeña parte del texto «La memoria y su tergiversación» publicado en *Ekintza Zuzena* número 38.

«Diez puñaladas a la política» apareció en *Il pugnale*, publicación anarquista de número único, Italia, mayo de 1996 y luego en *A corps perdu* número 1.

Las respuestas de Bookchin son extraídas de diferentes obras y entrevistas suyas publicadas en castellano.

«...en su forma se palpa el modelo que buscan, por el cual existen, un modelo de mundo que en nada se distingue del actual...»

ADA, TU TE PONES LA MÁSCARA DE V DE VENDETTA QUE APARENTA RADICALIDAD Y YO ME PONGA LA TUYA. ¡ASÍ PODREMOS SEGUIR GOBERNANDO Y SIN QUEJAS!



Barcelona - mayo de 2015